

El modelo económico de Rousseau

José C. Valenzuela Feijóo*

La de Rousseau, como buen hombre de su tiempo, fue una personalidad bastante polifacética: amén de politólogo fue músico, poeta, pedagogo y botánico. A petición de Diderot contribuyó a la *Enciclopedia* haciéndose cargo del tema de economía política. La elección del ginebrino pudiera parecer sorprendente: los aportes de Rousseau a la ciencia económica son prácticamente nulos, y su conocimiento de la materia bastante débil; además, en la época pulula en París una buena cantidad de fisiócratas nada menores, que podrían haber asumido la tarea con mayor propiedad. Pero tratándose de Diderot cuesta pensar en una decisión arbitraria, casual o inadvertida. De seguro, el gran ilustrado buscaba una contribución más golpeadora y más radicalmente opuesta al antiguo régimen de la que los no poco conciliadores fisiócratas pudieran haber efectuado. Y para ello, ¿qué mejor que acudir a Juan Jacobo, a aquél a quien Voltaire calificara de energúmeno? Durante la revolución, los jacobinos y líderes como Saint-Just y Robespierre recogen la herencia de Rousseau; los fisiócratas, a lo sumo, avanzan hasta la fase inicial y más conciliadora, la de Lafayette... y Mirabeau.

En su contribución a la *Enciclopedia*, Rousseau, de hecho, delinea los contornos básicos del orden económico y político que postula para el reemplazo del orden feudal.

* Departamento de Economía, UAM-I.

A su juicio, la economía pública debe someterse a tres principios reguladores. El primero sostiene que todo gobierno que pretenda ser legítimo y popular debe “guiarse en todo por la voluntad general [...] así como el primer deber del legislador consiste en adecuar las leyes a la voluntad general, la primera regla de la economía pública es la de administrar conforme a las leyes” (DEP). El segundo gran principio predica el imperio de la *virtud*, la que se entiende como “la conformidad de la voluntad particular con la general” (*ibid.*). El primer principio regulador apunta a las condiciones políticas del nuevo orden; el segundo a las ideológicas. El tercero se refiere a las condiciones económicas, y en él nos concentraremos en este trabajo.

De acuerdo con Rousseau, “no basta con tener ciudadanos y con protegerlos; es preciso además cuidar de su subsistencia. Satisfacer las necesidades públicas es una consecuencia evidente de la voluntad general y el tercer deber esencial del gobierno” (DEP, c. 3). Rousseau postula la necesidad de un nuevo orden social, lo que implica una transformación de las relaciones ideológicas, políticas y económicas. Este tercer principio apunta, básicamente, a delinear las exigencias o rasgos económicos del nuevo orden.

En los tiempos actuales, los proyectos de reordenamiento —o de “cambio estructural” según se les suele denominar— en la mayoría de los casos tienden a privilegiar el cambio de las variables económicas. La atención se concentra en ellas, y se tiende a suponer que las restantes variables (políticas, ideológicas) se deben acomodar a las primeras. Esto, podríamos decir (con algunas precauciones), constituye la aproximación más convencional. En Rousseau nos encontramos con una óptica diferente. En sus palabras, “después de haber hablado de la *economía* general en relación con el gobierno de las personas, nos resta considerarla en

relación con la administración de los bienes” (*ibid.*). Importa recalcar la prelación que maneja Rousseau: de las relaciones entre las personas a las relaciones con las cosas. No hay aquí una cosificación de las relaciones sociales ni su consiguiente fetichización, por lo menos, en principio. Esto en realidad pudiera no responder a una especial capacidad teórica de nuestro autor. Más bien, se trataría aquí del impacto de un dato objetivo: el insuficiente desarrollo de los nexos mercantiles en los tiempos de Rousseau. Cuando el capitalismo alcanza una expresión plena, la forma mercancía se universaliza y, en el plano ideológico, suele reinar la fetichización. El “sentido común” se limita a recogerlo y a racionalizarlo. Por lo mismo, una correcta percepción de las relaciones sociales efectivas supone un proceso nada sencillo de crítica ideológica. Se trata, aquí de asumir un paso previo imprescindible: desmontar, desarmar o desensamblar al *common-sense* o ideología dominante. Sin esto resulta imposible la reconstrucción teórica adecuada de lo real.

El del fetichismo, y las inversiones ideológicas que implica, no es todavía un problema muy fuerte (o el más fuerte) para Rousseau. De aquí la relativa espontaneidad con que maneja el tema de las relaciones entre las personas y las cosas. No es menos cierto que esto le acarrea un costo no menor: no alcanza a percibir su decisiva significación futura, y tampoco se asigna la tarea de entenderlo teóricamente. De fondo, Rousseau no tuvo una percepción adecuada (y mucho menos la comprensión teórica) del capitalismo. El costo no fue meramente académico, también fue político: al hacer propaganda a un orden no capitalista, terminó por contribuir al triunfo del capital.

El mundo de Rousseau no es, por cierto, el de una economía natural. El feudalismo es mercantil, la pequeña producción también, y el capitalismo manufacturero ya es fuerte y se desarrolla con rapidez. El

capital comercial y el dinerario también son relevantes. En suma, mercancía y dinero son formas económicas decisivas. Rousseau resiente el fetiche dinero y barrunta sus consecuencias. Se inquieta y reclama por ello: "los antiguos políticos hablaban sin cesar de las costumbres y de la virtud; los nuestros no hablan más que de comercio y de dinero" (DCA, 2a. parte). Sus críticas a la "sociabilidad" y a la falsía de las costumbres y personas, también recogen algo de esta inquietud. Kofler incluso ha sostenido que Pestalozzi (el pedagogo) y Rousseau son "los dos pensadores que, en la época del ascenso capitalista, muestran mayor sensibilidad hacia las tendencias cosificadoras de la sociedad burguesa".¹ La hipótesis, algo exagerada, en todo caso exige algunas precisiones:

- i) Diferenciar el fetiche dinero del fetiche capital;
- ii) Comprender que el primero crece según crece el segundo;
- iii) Que Rousseau ataca al fetiche dinero y se incomoda con sus manifestaciones subjetivas (morales, valores, etc.), sin aceptar, su fundamento material o económico,
- iv) Que el capitalismo, como fenómeno objetivo, le resbala por completo. Por lo mismo, la real fuerza motriz de la cosificación que lo incomoda le resulta desconocida. Su crítica, por ende, es confusa, débil e impotente.

Como teórico o crítico de la economía capitalista, el aporte de Rousseau es nulo. Sus demonios son otros: el *ancien régime*, especialmente en su dimensión política. Los fetiches en los cuales concentra su filo crítico no son los del capital y del dinero, son los de la monarquía de origen divino, los del absolutismo. En fin, de todas aquellas nociones que pretenden justificar

y santificar las relaciones directas de sujeción personal. En este orden, si apuntamos a su médula, no se introduce en las relaciones sociales la intermediación de las cosas ni éstas (*i.e.*, el mercado) funcionan aún como el velo engañoso y mistificador en que luego se convertirán. Aquí, en el viejo orden, lo que se ve y palpa de modo directo son las relaciones de dominación y subordinación, lo que impera es la discriminación y la desigualdad. En una economía mercantil, "la independencia personal está fundada en la dependencia *respecto a las cosas*" pero si se le "arranca a la cosa este poder social" —o sea, en ausencia de nexos mercantiles— habrá que otorgárselo a las persona sobre las personas".² y esto es lo medular del viejo orden.

Ahora bien, los de Rousseau son tiempos de transición, de avance del mercado y del capitalismo. O sea, hay un *doble* juego de relaciones sociales: las de sujeción personal directa y aquellas que vienen mediadas por el mercado. Pero éstas no operan plenamente, se ven interferidas y deformadas por las primeras. En este contexto, ¿qué propone? Libertad e igualdad. Es decir, suprimir las relaciones de sujeción personal directas. De aquí la ya mencionada prelación que maneja: primero, alterar las relaciones entre las personas. También, como a continuación veremos, propone un sistema económico mercantil, es decir, relaciones sociales mediadas por las cosas. Estas relaciones, vistas en términos de pureza, suponen ciertos atributos en los sujetos a quienes interconecta y que son justamente los que proclama Rousseau: hombres libres e iguales entre sí.

En el fondo, lo que el ginebrino nos propone con su tercera ley reguladora no son sino las condiciones económicas que, en su opinión, permiten satisfacer los principios de libertad e igualdad.

Para el caso, dividiremos la exposición en tres apartados:

- a) La estructura económica de base;
- b) El Estado y sus funciones económicas;
- c) Excedente, acumulación y crecimiento.

Con cargo a estos tres puntos, esperamos sintetizar las posturas de Rousseau en torno a su tercer principio.

a) EL SISTEMA ECONÓMICO DE BASE

La pregunta, insistamos, es por la forma económica que Rousseau considera adecuada para el nuevo orden político que postula. En todo caso, y para mejor enmarcar su alegato, conviene ensayar una muy homeopática referencia a los modos económicos efectivamente existentes en su época. En lo básico, tendríamos:

- i) La forma de producción feudal, variante mercantil con renta en dinero; la variante mercantil con renta en trabajo también es significativa;
- ii) La pequeña producción mercantil simple, campesina y urbano-artesanal,
- iii) La capitalista, del tipo manufacturero (concentrado y también la dispersa);
- iv) Formas transicionales como la mediería (en el campo) y el trabajo a domicilio de carácter industrial, rural y urbano;
- v) En el espacio circulatorio: capitales de comercio y dinerario.

La estructura económica global, por lo tanto, es bastante heterogénea, amén de conflictiva: el orden feudal decae y el capitalismo (en su fase de acumulación originaria) avanza. Entre ellos subyacen múltiples formas transicionales. Todas las formas económicas, de uno u otro modo, están conectadas al mercado.

No obstante, el grado de mercantilización aún no es pleno. ¿En qué radica su subdesarrollo? En lo básico, aquello se debe a la insuficiente mercantilización de la fuerza de trabajo. Y no está de más agregar: para avanzar en este plano (dato que es clave para el avance del capital) se requería, al menos, de dos condiciones: una, liberar a los productores de la sujeción feudal; dos, liberarlos de todo acceso a la propiedad de los medios de producción, incluyendo la tierra. Para el capital, la primera condición representa una negación imprescindible y la segunda, una afirmación *sine qua non*. Rousseau comparte la primera y rechaza la segunda. El problema, visto desde el ángulo de los intereses del capital, también se podría plantear así:

- i) Generalizar la forma mercancía;
- ii) Incluir en el proceso a la fuerza de trabajo.

Rousseau acepta, al menos en un grado importante, el primer punto. Rechaza el segundo. Con el capital, en consecuencia, hay puntos de acuerdo, y también de desacuerdo. La coincidencia gira en torno a la destrucción de lo viejo —el orden feudal—; la discrepancia, en torno al con qué reemplazarlo.

Veamos la postura de Rousseau con algún detalle.

Economía de mercado

El ginebrino no se limita a postular la necesidad de una economía de mercado. Va bastante más allá, y la llega a considerar condición de existencia de *cualquier* tipo de sociedad; es decir, como un dato *eterno* o inmutable. En sus palabras, “sin cambio no puede existir ninguna sociedad ni sin medida común ningún cambio, ni sin igualdad ninguna medida común.[...] La igualdad de convención entre las cosas

llevó a inventar la moneda [...] la moneda es verdadero vínculo de la sociedad" (*Emilio*, L. III).

La teoría de la moneda y del valor que maneja Rousseau es bastante pueril. Comparar cosas de diferente naturaleza, como trigo y paño, es difícil, pero hallada una común medida, la moneda, es fácil que el fabricante y el labrador reflexen el valor de las cosas que quieren permutar a esta común medida. Si tal cantidad de paño vale tal suma de dinero y tal cantidad de trigo vale también la misma suma de dinero, infiérese que el mercader que recibe este trigo por este paño hace una permuta igual. Así, por la moneda se hacen mensurables y se pueden comparar los bienes de distinta especie (*ibid.*). Rousseau da por resuelto el problema. La torpeza es brutal: dos cosas diferentes no se pueden comparar, y para resolver el problema acudimos a una tercera, igualmente diferente, que sí permite comparar. ¿Por qué? Porque lo llamamos dinero. A éste, por lo visto, se le asignan virtudes mágicas y con cargo a ellas —pase de prestidigitador— se resuelve el problema. Inicialmente, Rousseau plantea que sin igualdad no hay medida común, pero olvida buscar el elemento o factor de igualdad. En realidad, aquí ni siquiera se podría hablar de teoría. Para nuestros efectos, en todo caso, el punto a recalcar es el de la afirmación del carácter mercantil del sistema económico propuesto.

División del trabajo, propiedad privada y cambio

Al respecto, los planteamientos de Rousseau no son un dechado de claridad, pero se podría discernir, aproximadamente, la siguiente línea argumental. Primero: la especialización y la división del trabajo constituyen un dato o punto de partida imprescindible.³ Según el mismo Rousseau, éste es el principio aparente de nuestras instituciones (*ibid.*). Segundo,

tal división va asociada a la propiedad privada: "la tierra entera está cubierta del tuyo y el mío". (*ibid.*) Tercero: de uno y dos, se deriva la necesidad del cambio: "bien ve Emilio que para adquirir instrumentos para su uso, también los necesita que sirvan para el de los demás, y por los cuales pueda obtener en cambio las cosas que tiene menester, y que a ellos pertenecen" (*ibid.*). Para nuestro autor, cambio y circulación (compras y ventas) son idénticos, es decir, confunde lo genérico (el cambio) con lo particular (la circulación). Esto es falaz, pero si se califica al mercado como un fenómeno eterno la deducción es coherente: el cambio siempre será mercantil.

Para Rousseau, "el derecho de propiedad es el más sagrado de todos los derechos de los ciudadanos, y es más importante, en ciertos aspectos, que la misma libertad" (DEP, c. 3). Asimismo, nos dice que "el fundamento del pacto social es la propiedad y su primera condición la de que todos sean mantenidos en el pacífico disfrute de sus pertenencias" (*ibid.*).

Propiedad y trabajo

Para Rousseau, la propiedad privada debe estar sustentada en el trabajo personal; es éste el que la justifica y legitima. En sus orígenes, "sólo el trabajo es el que, dando al cultivador el derecho sobre los productos de la tierra que ha labrado, le concede también, por consecuencia, el derecho de propiedad de la misma" (DOD, P. II). En *El contrato social*, esta idea se repite: el trabajo es el "único signo de propiedad que, a defecto de títulos jurídicos, debe ser respetado por los demás" (L. I. c. 9). De particular interés es lo que plantea en relación con la distribución de la riqueza. Sostiene que no es necesario

arribar a una igualdad absoluta o estricta. Lo que se necesita es “que ningún ciudadano sea suficientemente opulento para poder comprar a otro, ni ninguno bastante pobre para ser obligado a venderse” (*ibid.* L. II, c. 11).

La propuesta de Rousseau es nítida:

- i) Todo ciudadano debe ser propietario;
- ii) Todo propietario debe trabajar;
- iii) Ningún propietario debe utilizar fuerza de trabajo ajena: pequeño-burgués sí, pero capitalista no;
- iv) Nadie debe vender su fuerza de trabajo, lo cual —obviamente— no tendrá lugar si se es propietario. Trabajador sí, pero no proletario.

Para Rousseau, el que no trabaja es un ladrón:

fuera de la sociedad, el hombre aislado, que a nadie debe nada, tiene derecho a vivir como se le antoje; pero en la sociedad, donde necesariamente vive a costa de los demás, les debe en trabajo lo que vale su manutención; esto no sufre excepciones. Así, el trabajar es obligación indispensable del hombre social. Rico o pobre, fuerte o débil, todo ciudadano ocioso es un bribón (*Emilio*, L. III).

Según se sabe, en su práctica política personal, Rousseau era más que tibio. De hecho, cada vez que veía u olfateaba la posibilidad de conflictos ponía sus pies en polvorosa. Con delicadeza, Groethuysen señala que “el ideal de Rousseau no busca [...] aplicación inmediata ni realización de actualidad” (*op. cit.*, p. 243). Soboul, más directo, comenta que “su crítica teórica resulta más violenta comparada con la timidez de su práctica”.⁴ Bastante más aventado resulta su discípulo Gosselin quien, en 1787 (ya muerto Rousseau), publicó *Considerations d'un citoyen adressées au notables*. Según Manfred,

Gosselin adoptaba íntegramente el programa igualitario de Rousseau, pero no paraba ahí sino que buscaba el modo práctico de realizarlo. Proponía que todos los bienes rústicos fuesen por de pronto declarados propiedad común y, después, repartidos por igual entre los miembros de la sociedad. La igualdad completa, se encontraba así, lograda, correspondiendo al Estado asegurar su rigurosa conservación.⁵

Apología del artesano rural

El ginebrino no vivió como artesano, pero ése era su ideal. Cuando se autoevalúa, nos dice que “la naturaleza no ha hecho de él más que un buen artesano” (en “Rousseau juez de Juan Jacobo”, *Diálogo II*). Asimismo, nos dice que “esta condición de los artesanos es la mía, aquella en que nací, en la que hubiera debido vivir, y que no he abandonado sino para mi desgracia” (Carta al Dr. Tronchin, 27/11/1758).

En vez de ser un “milord, un marqués, un príncipe”, se debe preferir la condición de artesano, “no trabajéis entonces por necesidad, trabajad por gloria: bajad al estado de artesano, para subir a mas alto grado que el vuestro” (*Emilio*, L. III). Según Rousseau,

entre las condiciones todas, la del artesano es la más independiente del hombre y de la fortuna. Un artesano sólo pende de su trabajo; es libre y tan libre cuanto es esclavo el labrador, porque está atado a su campo cuya cosecha se halla a discreción ajena: el enemigo, el príncipe, un poderoso vecino, se la pueden quitar; por él le hacen sufrir mil vejaciones; pero si en un país cualesquiera molestan a un artesano, en breve hace la maleta, se lleva sus brazos, y se va (*ibid.*).

Por cierto, el labrador no es esclavo *per se*. Es el orden feudal el que lo atenaza. Si fuera propietario, su dignidad no sería inferior a la del artesano, pues la

agricultura es el primer oficio del hombre, el más honroso, el más útil, y por ende el más noble que puede ejercitar (*ibid.*).

Jerarquía de los oficios

Es útil aludir a este aspecto en cuanto ayuda a iluminar la visión global que maneja Rousseau sobre lo económico. En términos actuales, el problema sería el tipo de ocupaciones (y ramas) que se deben privilegiar. Dos son los criterios de jerarquización que maneja nuestro autor. Primero, oficios que se localizan en la producción de bienes básicos: alimentos, vestuario, etc. En sus palabras: “daría toda la academia de la historia por un confitero” (*ibid.*). Segundo, la utonomía de la rama o sector. Esto, en el sentido de su dependencia, vía insumos, de otros sectores. Lo que hoy se denomina eslabonamientos hacia atrás (*backward linkages*). Según escribe, “otro orden hay no menos natural y más conforme a razón todavía, en virtud del cual se consideran las artes según las relaciones de necesidad que las estrechan, colocando en primer lugar las más independientes, y en el postrero las que penden de mayor número de otras” (*ibid.*). En suma, “la primera y más respetable de todas las artes es la agricultura; en segundo lugar colocara yo la herrería, la carpintería en tercera parte, etc.” (*ibid.*).

De fondo, tenemos aquí una necesidad: para una distribución del ingreso igualitaria y un nivel más bien bajo del producto por habitante, se requiere una composición consecuente del producto, o sea, privilegiar la producción de bienes básicos. Asimismo, puede inferirse que se rechaza una división del trabajo extendida, aspecto que examinamos a continuación.

Oposición a la división capitalista del trabajo

Podemos distinguir una división global o macroeconómica: es la que se establece entre sectores, ramas y firmas. Otra, sería la división microeconómica que es la que tiene lugar en una unidad económica. El avance de la división del trabajo en un nivel impulsa el avance en el otro y viceversa. Es decir, ambas modalidades tienden a progresar en forma relativamente paralela. En un contexto mercantil, el avance de la división del trabajo también significa una mayor profundización y extensión de los nexos mercantiles, y es el desarrollo capitalista la fuerza impulsora de tales procesos.

Rousseau le aplica una luz roja al citado avance. Lo que nos parece decir es que la división del trabajo y la mercantilización de la economía deben detenerse antes de alcanzar el estadio capitalista.

En cuanto a la división macro-económica, en el *Emilio* nos proporciona un ejemplo sugerente. Primero, considera un banquete de la nobleza: “mucha gente, muchos platos, muchos lacayos...” Le pregunta a Emilio: “¿Por cuántas manos calculas que haya pasado todo cuanto ves sobre la mesa antes de llegar aquí?” Luego comenta:

¿qué ha de pensar del lujo, cuando contemple que se han puesto a contribución todas las regiones del orbe, que acaso veinte millones de manos han trabajado mucho tiempo, y ha costado la vida a miles de hombres, todo por presentarle a mediodía con aparato lo que va a depositar por la noche en su secreta?” (*Emilio* L. III).

Luego, Rousseau alude a una “sencilla y rústica comida”. ¿Qué hay detrás de ella? Según nuestro autor

ese pan moreno que tan sabroso hallas, procede del trigo cogido por el labrador; su vino grueso y negro, pero sano y

refrigerante, es de su propio viñedo; la mantelería está tejida con su cáñamo que hilaron en invierno su mujer, sus hijas y su criada; ningunas otras manos que las de su familia han hecho los preparativos de su mesa; el inmediato molino y el vecino mercado son para él los linderos del universo (*ibid.*).

La primera comida (el banquete) supone un extendido sistema de división del trabajo y múltiples nexos mercantiles. La segunda comida (“sencilla y rústica”), al revés: escasos nexos mercantiles y una división macro del trabajo poco desarrollada. La unidad económica que sustenta la segunda comida es embrionariamente mercantil y, en un grado no despreciable, se autoabastece. Y es ésta la que explícitamente prefiere y hasta idealiza Rousseau.

En cuanto a la división microeconómica, Rousseau alude con especial claridad a la división manufacturera (en el sentido de Marx), reconoce la superioridad de la producción a escala (“un hombre que trabaja solo no gana más que la subsistencia de un hombre, cien que trabajen de acuerdo ganarán para que subsistan doscientos”) pero ¡rechaza la forma manufacturera!

¿Qué pensará cuando vea que sólo subdividiéndose, y multiplicando hasta lo infinito los instrumentos de unas y otras, se perfeccionan las artes? Dirá: ¡qué reciamente ingeniosas son todas esas gentes! Parece que tienen miedo de que les sirvan para algo sus dedos y sus brazos, según la multitud de instrumentos que inventan para no usarlos. Para ejercitar un arte sola, se han sujetado a otras mil: y cada artífice necesita una ciudad entera (*ibid.*).

El reemplazo del trabajo vivo por el trabajo pasado —o sea, la incorporación creciente de instrumentos, equipos y máquinas—, que constituye la clave del progreso técnico, es un fenómeno que Rousseau desdén. De aquí su rechazo a la forma manufacturera de producción. Para ello, se inventa cualesquiera clases

de mitos sobre las bondades del trabajo rústico y artesanal. En el fondo, Rousseau se nos aparece como un antecedente ideológico del movimiento de los “luddistas”, aquellos que destruían las máquinas en la Inglaterra de comienzos del siglo XIX o antes.

Progreso técnico y reproducción del sistema económico de base.

El modelo socioeconómico que postula Rousseau, según podemos ver, es el de la pequeña producción mercantil simple, o sea, una economía de mercado apoyada en una base (o régimen) de pequeña producción, con bajos niveles de productividad y estructurada en términos de una propiedad privada que se sustenta en el trabajo personal. El ideal de nuestro autor, según el mismo lo dice, es la *aurea mediocritas* de Horacio.

El problema de este sistema económico radica en las condiciones de su reproducción. En una economía mercantil, el trabajo privado se vuelve social en función de determinadas condiciones. Primero, los resultados del trabajo (o productos-mercancías) deben ser reconocidos como socialmente útiles y ser, por ende, objeto de demanda efectiva. Segundo, la conversión depende de la relación entre la productividad particular y la media social. De acuerdo con el primer aspecto, un productor que no encuentra demanda solvente por sus mercancías se arriesga a desaparecer.

En función del segundo aspecto, los más eficientes se ven premiados, y castigados los menos productivos; esto, en términos de ingresos y ventas. Como no viene al caso entrar aquí en un análisis del fenómeno subyacente,⁶ nos limitamos a indicar algunas de sus consecuencias. Primero, se tiende a desarrollar una capacidad *diferencial* de absorción del progreso técnico;

segundo, en vez de una tendencia a la homogeneización se establece un proceso de diferenciación de los productores. Por ejemplo, artesanos ricos, medianos y pobres; tercero, en la medida en que el proceso se acentúa los pequeños productores pobres terminan por quebrar y se convierten en obreros libres. En el otro extremo, los más enriquecidos terminan por transformarse en capitalistas.

En suma, el avance de la productividad es desigual y termina por provocar una mutación cualitativa del sistema: la pequeña producción mercantil se convierte en un sistema económico capitalista. Para el caso, deberíamos adicionalmente subrayar:

- i) La mutación se origina a partir de las leyes objetivas que rigen el funcionamiento del sistema y
- ii) Mientras más elevado sea el crecimiento de la productividad, más rápidamente tiene lugar la citada mutación.

¿Como impedir tales efectos? Por lo menos en el papel, ello exigiría:

- i) Controlar y en el límite congelar la productividad del trabajo y
- ii) Utilizar las palancas estatales para ayudar a conseguir tales resultados.

Por cierto, la historia avanzó por rutas bastante diferentes, y si la fuerza del Estado se llegó a utilizar a destajo fue para *acelerar* y no para frenar la mutación que aterraba a Rousseau.

b) SOBRE EL ESTADO Y SUS FUNCIONES ECONÓMICAS

Para el caso, nos podemos concentrar en tres aspectos centrales:

- i) La naturaleza económica de las actividades estatales;
- ii) La política de gastos públicos;
- iii) La política impositiva o de ingresos públicos.

Por su naturaleza, el Estado constituye un sector improductivo. Para solventar sus actividades necesita recursos económicos, materiales y humanos, pero como no es capaz de autogenerarlos se los debe sustraer a los sectores productivos: "en todos los gobiernos del mundo, la persona pública consume y no produce nada" (CS, L. III, c. 8). Por lo tanto, "el Estado civil no puede subsistir sino en tanto el trabajo de los individuos produzca más de lo que exigen sus necesidades" (*ibid.*). El planteamiento es notable: sin excedente, el Estado no puede existir. El primero aparece como su *condición necesaria*. ¿Cuál será entonces su *condición suficiente*? ¿No tendrá acaso que ver con las formas de apropiación de tal excedente, con el surgimiento del fenómeno de la explotación? Por lo tanto, si se desarrolla una forma de apropiación que no implique la explotación, ¿acaso el Estado no saldría sobrando? La hipótesis inicial que maneja Rousseau abre, como posibilidad, este campo problemático. En ello radica su significación. No obstante, no coge al toro por los cuernos y, al final de cuentas, el problema se le resbala. Por cierto, podríamos decir que, en algún grado, lo palpa o lo siente. Pero no es capaz de aprehenderlo cabalmente, en términos teóricos. El nuevo orden que propone Rousseau, su pacto social, si lo llevamos a sus últimas consecuencias —el imperio de la voluntad general—, implica de hecho la desaparición del Estado (entendido éste en el sentido más riguroso del término). La esencia de lo político se ubica en las relaciones de poder y gira en torno al uso de la fuerza. En el orden político que nos propone Rousseau —asumido éste en sus perfiles más distintivos— el imperio de la voluntad

general no exigiría el uso de la fuerza. Por lo tanto, de hecho se nos promete la extinción del Estado y, por lo mismo, no un nuevo orden político, sino la supresión de lo político *stricto sensu*: no confundamos, por favor, el orden social y la preocupación colectiva por su manejo, control y derroteros, con el orden político y los manejos del poder. Esto sería repetir el equívoco de Rousseau. Que el segundo se sitúe por encima del primero y lo subordine es una realidad factual, histórica. La existencia de un orden político va indisolublemente asociado a la inversión ya indicada: cierta voluntad particular se disfraza y se nos representa como voluntad general. Luego, si tal inversión ideológica cesa e irrumpe en la auténtica voluntad general, la supresión de lo político es un acto político: en ello radica buena parte de genio rousseano, en la relevancia que le concede a la variable política. También en ello radican sus ambigüedades y equívocos: no capta a plenitud la base económica del orden político vigente y, asimismo, se le escapan lo requisitos económicos estructurales que exige su nuevo orden "político". Este es, más bien, un nuevo orden *social* y, por lo mismo, lo que nos describe son ciudadanos decidiendo sus destinos colectivos, regulando su vida social en términos consensuales y, por lo tanto, siendo libres, como totalidad y como personas.⁷ Aquí, la fuerza sale sobrando. Pero Rousseau puso énfasis en la política y se olvidó de la economía. Al final de cuentas intuyó o soñó (descontando confusiones inevitables) con la desaparición del Estado y lo político *per se*. Pero no advirtió que la economía no se puede suprimir, que es la clave del orden social, y que si no asume cierta estructuración no puede posibilitar la desaparición de la política. Más bien, por el contrario, la exige como condición de vida.

En todo caso, la noción de una posible extinción del aparato estatal es algo muy embrionario en Rous-

seau, y funciona más como un desarrollo *posible* de su sistema. de modo explícito, el ginebrino jamás pensó en tal aniquilamiento. Para efectos prácticos, nos debemos entonces limitar a su hipótesis inicial: el Estado es un ente económicamente improductivo.

¿Cuáles son los criterios que, a juicio de Rousseau, deben orientar la política fiscal?

A título previo, conviene recordar mínimamente la situación fiscal del absolutismo francés. En términos muy generales, se podría señalar:

- i) Un gasto fiscal que crece aceleradamente, que se aplica fundamentalmente a usos improductivos (ejército, guerras, lujos y pensiones) y que es manejado en términos venales y corruptos;
- ii) Ingresos fiscales que crecen más lentamente. Los impuestos afectan, básicamente, al tercer Estado (el clero y buena parte de la nobleza están exentos), son arbitrarios, múltiples, dispersos y de difícil manejo administrativo, y
- iii) Se va acentuando el déficit fiscal y se agudiza el peso de la deuda pública: en la década de los ochenta, por ejemplo, aproximadamente la mitad de los ingresos públicos se debe destinar al servicio de la deuda pública.

En este contexto (que en tiempos de Rousseau ya se perfila con claridad, aunque sin alcanzar las dimensiones catastróficas de las décadas finales del siglo), es fácil discernir la significación de las recomendaciones del ginebrino. En cuanto al gasto, sus ideas son muy sencillas:

- i) Reducir el gasto público, y
- ii) Asegurar una gran transparencia en su aplicación, La noción general que maneja es común a los sectores progresistas de la época: un gobierno

barato y honrado. En cuanto a la asignación del gasto, sólo cabe destacar el énfasis que pone en la educación pública.

En cuanto a los ingresos (o impuestos), se podría mencionar:

- i) Los impuestos deben ser voluntarios y aprobados por el pueblo: "los impuestos no pueden ser legítimamente implantados sin el consentimiento del pueblo..." (DEP, c. 3);
- ii) La imposición no debe discriminar ni afectar a la agricultura. En lo básico, debe gravar a las actividades improductivas,
- iii) La tributación debe ser progresiva. Rousseau rechaza, incluso, el criterio de la proporcionalidad: "quien simplemente posee lo necesario no deberá pagar nada; la tasa del que tiene algo superfluo puede igualarse, si es preciso, a la suma total de lo que exceda de sus bienes necesarios" (DEP.,c.3).

El espíritu general con que Rousseau comenta la política fiscal es muy nítido: reducir todo lo posible el gasto público pues implica gastos improductivos y su financiamiento afecta a la agricultura. Asimismo, utilizar la política tributaria para corregir la desigualdad distributiva y, por esta vía, ayudar a su ideal de relativa igualdad económica.

c) EXCEDENTE, ACUMULACIÓN Y CRECIMIENTO

Al respecto, Rousseau no es muy explícito ni muy preciso. Se puede, no obstante, discernir el perfil más grueso de sus posiciones.

En primer lugar, parece adscribirse a la hipótesis que manejan los fisiócratas: el excedente se genera en

la agricultura por ser ésta el único sector productivo. En segundo lugar, nos encontramos con el afán de reducir las utilidades improductivas del excedente. Cuando plantea la necesidad de reducir los gastos militares y, de modo más general, el gasto público, obviamente apunta a dicho objetivo. En este contexto global, destaca un punto adicional: la necesidad de reducir las imposiciones a la agricultura, en especial a los cultivadores, es decir, se trataría de evitar la transferencia del excedente desde su lugar de origen —la agricultura— hacia otros sectores. Este sería el tercer aspecto por señalar. Un cuarto punto sería: utilizar la imposición fiscal para desestimular el gasto improductivo (consumo suntuario en especial) y estimular la acumulación: "establézcanse fuertes tasas por la servidumbre, espejos, arañas y muebles, sobre los tejidos y dorados, patios y jardines de mansiones, espectáculos de toda especie, profesiones ociosas, como faranduleros, cantores, histriones; en una palabra, sobre todos aquellos objetos de lujo, diversión y ociosidad..." (DEP, c. 3). Si la imposición se aplicara a la riqueza superflua, pudiera suceder que "los ricos renunciarían a sus gastos superfluos para no realizar más que gastos útiles" (*ibid.*). El quinto y último punto se refiere al sector líder del crecimiento: es la agricultura la que debe asumir tal función. Rousseau no alcanza a percibir las posibilidades de un desarrollo manufacturero urbano y mucho menos la forma industrial maquinizada. En su época, la manufactura capitalista —amén de no muy desarrollada— era del tipo disperso, muy imbricada en el sistema de trabajo domiciliario y, generalmente, localizada en el campo y/o ciudades pequeñas. La gran ciudad o urbe (el caso de París) era todavía, en lo básico, del tipo antiguo, es decir, sin una base económica significativa propia. En las ciudades se gasta el excedente generado en el campo y en ellas pululan capas sociales improductivas. De aquí que Rousseau

advierta sobre los peligros de “la multiplicación de gentes ociosas en las ciudades y la deserción de los campos” (DEP, c. 3). Es muy hosco el tono con el que Rousseau se refiere a las grandes urbes. Las llega a ver como antros de vicio y corrupción. Su primera visita a París es descrita así:

me había figurado una ciudad tan hermosa como grande, en la que no se veían más que soberbias calles y palacios de mármol y oro. Al entrar por el arrabal de Saint-Marceau, no vi más que callejuelas sucias y malolientes, casas negras y feas, aspecto de suciedad, de pobreza, mendigos, carreteras, vendedores de tisanas y de sombreros viejos (*Confesiones* L. IV).

La vida urbana de los privilegiados tampoco le place: “la vida de París, entre las gentes de pretensiones, era tan poco de mi gusto [...] que asqueado, de aquella vida tumultuosa, comenzaba a suspirar ardentemente por la vida del campo” (*ibid.*, L. VIII). Esto en cuanto a su apreciación sentimental y personal. Pero Rousseau también nos entrega una apreciación conceptual bastante aguda de las ciudades de su tiempo. Según escribe,

las ciudades populosas son las que ponen exhausto un estado y constituyen su flaqueza: la riqueza que producen es ilusoria y aparente, es mucho dinero y poco efecto. Dicen que la ciudad de París le vale una provincia al rey de Francia, y yo creo que le cuesta algunas, pues bajo muchos aspectos se mantiene París con las provincias y la mayor parte de las rentas de ellas, afluyen a esta ciudad y se quedan en ella, sin volver nunca ni al pueblo, ni al rey. Es increíble que en este siglo de calculadores no haya quien sepa ver que sería mucho más poderosa Francia si destruyeran París (*Emilio*, L. V).⁸

De hecho, Rousseau llega a sostener que una de las señales de un buen gobierno reside en la distribución

urbano-rural de la población: “dos estados iguales, en territorio y en población, pueden ser muy desiguales en fuerza, y siempre el más poderoso de ambos es aquel cuyos moradores están repartidos con más igualdad: el que no tiene ciudades tan populosas, y brilla por consiguiente menos, vencerá siempre al otro” (*ibid.*). A su modo, el problema que Rousseau está planteando es el de la distribución de la población trabajadora entre actividades productivas e improductivas. Considera a las grandes urbes como nichos de improductivos y por ello los reclama en contra de su crecimiento.

En el contexto de su época, el ataque a los gastos improductivos es un ataque a la nobleza y, en general, al viejo régimen. Pero esta postura, ¿transforma a Rousseau en un campeón de la acumulación y del crecimiento económico? En nuestra opinión, no. Tratemos de explicar el porqué del aserto y, de un modo más general, la óptica con la que Rousseau se acerca al problema de crecimiento económico.

Podemos partir, para mejor contrastar la posición de Rousseau, recordando la aproximación de A. Smith. De acuerdo con el escocés, el producto por habitante depende básicamente de dos factores: el coeficiente de trabajadores productivos y la productividad o rendimiento del trabajo. Esta productividad depende del grado de división y especialización del trabajo y de la dotación de instrumentos y máquinas por hombre ocupado. Ambos factores vienen determinados por la acumulación, la que a su vez gobierna el movimiento del coeficiente de productivos. En palabras de Smith,

...es evidente que el número de trabajadores productivos nunca puede aumentar en proporciones importantes como no sea a consecuencia de un aumento del capital o de los fondos destinados a su mantenimiento. Las facultades productivas de esta clase de gente tampoco pueden ser incrementadas, como no sea a consecuencia de alguna adición o

adelanto en las máquinas o instrumentos que facilitan y abrevian el trabajo, o de una división más acertada y oportuna del trabajo mismo. En cualquiera de estos casos se necesita, por regla general, un capital suplementario. Únicamente utilizando un capital adicional puede el empresario facilitar mejores máquinas o instrumentos a sus operarios, o realizar una distribución más acertada de su empleo.⁹

Si el grueso del excedente es apropiado por los capitalistas, la tasa de acumulación (acumulación sobre excedente) se eleva, y con ello se elevan la productividad y el coeficiente de productivos. Al revés, si el excedente es apropiado básicamente por los terratenientes, la tasa de acumulación se desploma,¹⁰ y con ello el ritmo de crecimiento del producto por habitante. La preocupación central de Smith es el aumento de la riqueza o, más precisamente, del producto *per capita*. Esto exige elevar la tasa de acumulación (o reducir los usos improductivos del excedente), lo que a su vez plantea un problema previo: el de la apropiación del producto excedente. O, mejor dicho, el de su distribución entre capitalistas (beneficios) y terratenientes (renta). Para Smith, la renta se despilfarra y los beneficios se acumulan.

Volvamos a Rousseau.¹¹ Coincide con Smith en el afán de reducir los usos (gastos) improductivos del excedente y en la necesidad de reducir la parte de la renta —entendida como ingreso de los terratenientes— en el excedente total. Difiere de Smith en que para nada busca elevar la participación de los beneficios (capitalistas) en el excedente. Para Rousseau se trata de aumentar la parte que funciona como “ganancias del pequeño productor” (excedente apropiado por el pequeño propietario). Uno y otro están por disolver el viejo orden surgiendo las diferencias en cuanto al régimen de reemplazo. Smith opta por el capitalista y Rousseau por el mercantil simple.

¿Qué pasa con la acumulación en el modelo rousseaiano? En cuanto a su tasa (acumulación sobre excedente), es inferior a la del patrón smithiano. En un sistema mercantil simple —*vis à vis* el capitalista—, el excedente por unidad económica y por propietario es considerablemente más bajo. Asimismo, la fragmentación del excedente debe dar lugar a que se “borren” del horizonte de oportunidades de inversión los proyectos relativamente más pesados e indivisibles. Estos dos factores deben incidir en una propensión media a acumular, relativamente baja. Un segundo aspecto que se debe subrayar se refiere a la composición o estructura de la acumulación: bastante más propensa a sustituir trabajo vivo por trabajo pesado (máquinas) en el caso capitalista. Inclusive, en el espíritu de Rousseau parece bastante legítimo suponer una combinación de recursos productivos, o tecnología, que permanece más o menos constante. Por lo mismo, un nivel de productividad del trabajo constante o sometido a un crecimiento casi inaudible.

El modelo smithiano debe desembocar en el crecimiento del producto *per capita*. En lo inmediato, depende del aumento del coeficiente de productivos y de la productividad. Las metas-objetivos de Rousseau son diferentes.

¿Cuál es el fin de la asociación política? La conservación y la prosperidad de sus miembros. Y ¿cuál es el signo más seguro de que se conserven y prosperen? El número y la población. No vengáis, pues, a buscar en otra parte tan disputado signo. El gobierno bajo el cual, sin extraños medios, sin colonias, los ciudadanos se multiplican, es infaliblemente el mejor (cs L. III, c. IX).

En *Emilio* se repite este planteamiento: “en todo país que se despuebla, el estado propende a su ruina; y el que más se puebla, aunque sea el más pobre, infaliblemente es el mejor gobernado” (L. V).

En resumen, el nivel (y variaciones) del producto por habitante lo podemos igualar y hacer depender de:

- i) La relación entre población ocupada y población total, que depende del coeficiente de dependencia;¹²
- ii) La relación entre ocupaciones productivas y totales o coeficiente de productivos;
- iii) La extensión de la jornada de trabajo;
- iv) La productividad del trabajo. Smith explicita los factores ii) y iv) y busca que ambos se eleven.

Para el caso de Rousseau, podemos suponer:

- i) El impulso demográfico, al elevar el coeficiente de dependencia, debería provocar cierta caída del producto por persona;
- ii) El mayor coeficiente de productivos, debería elevarlo;
- iii) Una jornada de trabajo constante y, por ende, sin efectos;
- iv) Una productividad más o menos constante y, por lo mismo, sin efectos en el producto por habitante.

Por lo tanto, todo parece indicar que en el modelo rousseaneano se tiende a manejar un producto *per capita* relativamente constante o con muy lento crecimiento. ¿De dónde, entonces, podría provenir una mayor prosperidad de los habitantes? En principio, de un factor ya mencionado: la menor propensión a acumular, o sea, se consumiría más por unidad de producto generado. Aunque esto es un impacto que juega de una vez por todas. O sea, a la larga, el *consumo* por habitante sólo puede elevarse si también lo hace el *producto* por habitante. Y para que esto se dé, a la larga no hay factor más decisivo que el aumento de la *productividad* del trabajo. Pero Rousseau no se interesa por

este aspecto. Y en esto no funcionan sólo preferencias (u olvidos) personales. Aunque Rousseau no estuviera consciente del problema involucrado, lo cierto es que su modelo se reproduce como tal sólo en la medida en que se congela el sistema de fuerzas productivas. En breve, se ve obligado a postular una productividad del trabajo más o menos constante. De lo contrario —una productividad del trabajo que se expandiera a altos ritmos—, el sistema económico que postula se transformaría totalmente en un sistema de carácter capitalista.

En la visión de Rousseau existe un *trade-off* más o menos implícito entre justicia (igualdad social) y progreso. En el marco de su modelo socioeconómico, la preservación del primer elemento lo obliga a desahuciar el segundo. Al hacerlo, coloca su propuesta normativa o “deber ser” en una relación de conflicto con la ley objetiva. Es la dualidad recurrente en el pequeño-burgués Rousseau: progresista en cuanto busca la igualdad social, la democracia y satisfacer los intereses populares. Reaccionario, y a la vez impotente, en cuanto asocia lo anterior a la eliminación del progreso productivo. En la disyuntiva, la voluntad subjetiva de libertad, en tanto no asociada al conocimiento de la necesidad, se disuelve en un quizá trágico ladrido a la luna. Rousseau, al revés de Smith, se coloca de espaldas a la historia, la cual avanza por el carril del desarrollo productivo. Ésta lo margina y anula. Quedaría, eso sí, por ver si al cabo del tiempo, la historia no termina por reencontrar el filo progresista de Rousseau, su “deber ser” democrático, popular y libertario.

NOTAS

¹Leo Kofler, *Contribución a la historia de la sociedad burguesa*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974, p.472.

²C. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, I, Siglo XXI, México, 1980, p.85.

³En realidad, toda sociedad supone cierta división del trabajo.

⁴A. Soboul, "Ilustración, crítica social y utopía durante el siglo XVIII francés", en J. Droz (edit), *Historia general del socialismo*, vol.I, edic. Barcelona, 1984 Destino, p.191.

⁵A. Manfred, *La gran revolución francesa*, Grijalbo, México, 1954, p.67.

⁶Para un examen detallado, ver J.C. Valenzuela Feijóo, *Acumulación, productividad y progreso técnico*.

⁷Esta concepción no es privativa de Rousseau. En general, refleja la opinión prevaleciente. Según Cantillón. vg., "podemos decir que la reunión de varios ricos hacendados, que se aposentan en un mismo lugar, basta para formar lo que se llama una ciudad, y que diversas ciudades europeas, en el interior del Continente, deben la cifra de sus vecinos al hecho de dicha reunión; en tal caso, la magnitud de una ciudad se halla naturalmente proporcionada al número de propietarios de tierras que en ella residen, o más bien al producto de las tierras de su pertenencia." Cfr. R. Cantillón, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*,

FCE, México, 1978, p. 21.

⁸Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, FCE, México, 1981, pp. 310-311.

⁹El terrateniente es propenso al gasto improductivo y al despilfarro, nos dice Smith: "una vez acontece que mejore mucho sus tierras" (Cfr. *op. cit.*, pp. 346 y ss.)

¹⁰En lo que sigue, desarrollamos una interpretación bastante libre.

¹¹Entendido como el cociente entre desocupados y ocupados.

OBRAS DE J. J. ROUSSEAU CITADAS:

Confesiones (C), Porrúa, México, 1985.

El Contrato Social (CS), Porrúa, México, 1977.

Discurso sobre la economía política (DEP), Tecnos, Madrid, 1985.

Discurso sobre el origen de la desigualdad (DOD), Porrúa, México, 1977.

Emilio o de la educación, México, Porrúa, 1978.

Rousseau juge de Jean-Jaques. Dialogues (OC., T. I) París, Du Senil 1979.

Carta al Dr. Tronchin, citada en B. Groethuysen, J.J. Rousseau, FCE, México, 1989.